

Bautizos sangrientos

El 9 de enero del año 1999, a eso del mediodía, Santander Enrique de la Hoz y su mujer escucharon lo que creían era la pólvora de la celebración por los bautizos de los niños del corregimiento Playón de Orozco.

Santander y su esposa Josefa no pudieron haber estado más equivocados, ya que en ese preciso instante y a tan solo unos kilómetros de su casa, los casi 600 habitantes que tenía en ese momento el corregimiento, comenzaban a vivir la peor desgracia de la que se tiene recuerdo.

“Pasaron dos horas antes de que mi mujer y yo nos diéramos cuenta de que no era parranda lo que estaba pasando allá, sino una verdadera tragedia”, dice Santander mientras aprecia las paredes de su casa, hechas con palos amarrados con cabuyas.

“Estábamos sacando las yuquitas para cocinar, cuando un gentío comenzó a correr en esta dirección. Los hombres no tenían camisas y llevaban una cara de horror encima que no se las quitaba nadie. En especial, el cura Giovanni Sanjuanero, que del susto ese negro parecía más bien blanco”, afirma Santander, saludando al mismo tiempo a su hijo Joaquín, que acababa de llegar de recoger los cultivos de su patrón.

Padre e hijo no se parecen mucho, tal vez solo en la forma como hablan y sostienen los gestos. Joaquín hoy está casado y tiene dos niños pequeños, James y Joaquín José, quienes corren por el piso de barro de la casa de su abuelo. Pero cuando sucedió la masacre tenía tan solo quince años y, aun así, los 30 paramilitares que entraron armados al lugar decidieron que ya era un hombre y que debía estar, como el resto, en la fila de fusilamiento.

“Fueron las dos horas más horribles de mi vida”, cuenta Joaquín con ojos de angustia. “Nos hicieron poner de rodillas con las manos en el cuello y la cabeza mirando hacia el piso. Iban llamando a las personas de acuerdo a su físico. Por ejemplo, si la persona tenía el pelo mono le decían ‘mono, tú, párate’ y ahí mismo lo asesinaban. Era como un juego, pues no tenían los nombres exactos de las personas que iban a matar, sino que empezaron a masacrar al que les daba la gana”, recuerda con horror como si hubiese sucedido el día anterior.

La casa queda en la mitad de la finca del patrón de Santander y Joaquín. Está rodeada de terreno fértil para el cultivo, el cual les es permitido utilizar para sembrar y mantener un ternero, dos gallinas y un cerdo que guardan para épocas de escasez. El hogar está amoblado por una nevera, tres sillas de plástico entre rojas y blancas, un mecedor de madera, dos hamacas desteñidas, dos colchones de espuma y una cuna para bebés, y allí duermen y comen dos familias enteras. Pero los De [la](#) Hoz saben que en su vida la pobreza no ha sido su mayor dolor de cabeza, sino, más bien, el constante miedo en el que viven por tanta violencia que han tenido que ver.

“Pero no [solo](#) se contentaron con matar a esa pobre gente, sino que se llevaron lo poco que había y remataron quemando todas las casas”, reanudó Santander la conversación. “No hubo una sola familia que salió invicta, pues si no le mataban a alguien, acababan con su casita y sus cositas. Recuerdo que como a las tres horas de que sucediera todo, salí a buscar ayuda y me topé con los bandidos esos que se habían atollado aquí cerca por culpa del peso de las neveras que se habían llevado. Los vi y casi me voy en mierda del pánico. No me hicieron nada, ni siquiera me retuvieron y seguí caminando, pero cuando ya estaba por perderme de vista, una de las dos muchachas que iban con ellos, una monita bien hijueputa, me dijo: ‘Oye, tú, si quieres carne fresca ve [al](#) Playón de Orozco’ esas palabras no se me borraron nunca de mi mente”, afirma Santander rascándose la entrepierna, acto que suele hacer con frecuencia.

Josefa, quien hasta el momento no había estado sino en la cocina, salió para brindar gaseosa sin hielo. Todos accedimos a tomar por cortesía, pero el sabor caliente de la bebida no pareció agradarle a nadie. De repente, Joaquín recuerda que su esposa lo está esperando en el pueblo para una consulta con el santero y se despide de todos con un sudoroso abrazo. Estaba a punto de irse cuando se voltea y comenta.

“Yo no sé cómo me salvé y creo que si Dios evitó que alguno de los asesinos se fijara en mí fue por una razón. Pero yo no sé cuál es esa razón y la verdad es que todavía le tengo miedo a todo: a ver a un camuflado, al día de los bautizos, a que mis hijos crezcan en este país tan violento donde ya nadie sabe ni quién es malo ni quién es bueno”, dice con su tono de voz grueso que lo caracteriza.

“A veces me levanto a media noche con la imagen de una de las *paracas* proponiendo que le pusieran una granada a la iglesia. De no haber sido por otro *paraco* que dijo que no, se hubieran muerto un poco de *pelaitos* y la mujer de mi vida que estaba ahí adentro. Pero más que todo, me levanto pensando en mi amigo y cuñado Jorge Calvo, a quien mataron al lado mío y me [tocó](#) quedarme callado pa’ que yo no fuera el siguiente”, afirma Joaquín mientras emprende su camino.

“Escuché cómo mataban a mis hijos”

De todas las trágicas historias de esa vil tarde, sin duda la peor fue la que le sucedió a la señora *Fide*. Filadelfia Pabón, una mujer de unos sesenta años, de ojos tristes, tez morena, pelo y dentadura blanca, fue quizás la más desafortunada de todas las madres ese día. Tres de sus cinco hijos fueron asesinados por los 28 hombres y dos mujeres de las AUC (Autodefensas Unidas de Colombia) en [aquel](#) 9 de enero. Sin embargo, lo más triste fue que lo escuchó todo.

“Como era día de bautizos, todas las mujeres estábamos ayudando a preparar tanto a los niños como la plaza”, dice Filadelfia, quien está sentada en un mecedor de madera, tomando el tinto que acostumbra a saborear cada mediodía. “En esas entraron dando tiros los paramilitares, aunque en ese momento no sabíamos de qué bando eran, pues estaban disfrazados de policías y de militares. Sacaron a todas las personas de sus casas, no podía quedar ni un alma en ellas, y a todas las mujeres nos metieron en la iglesia, mientras a nuestros muchachos los colocaron en fila en el centro del pueblo”, cuenta tocándose sus arrugadas manos.

El hogar de la famosa señora *Fide*, como le gusta que la llamen, es parecido al de todos sus vecinos. Luego del incidente, los habitantes del corregimiento se fueron por un tiempo a otras partes, pues no [solo](#) se había convertido en un lugar muy doloroso para [quedarse](#), sino que todas las casas habían sido incendiadas.

Cuando Filadelfia decidió regresar junto con las dos hijas que sobrevivieron a la masacre, gastó casi todo su dinero en reconstruir la casa a base de cemento y cinc. Hoy día, la acompañan dos mecedores de plástico, un par de colchones, una nevera y una fotografía, donde aparecen sus cinco hijos cuando estaban pequeños, que se salvó del incendio.

Viuda desde hace más de una década, Filadelfia sabe que su vida ha estado marcada por las desgracias y, cuando empieza a contar la historia de la muerte de sus hijos, es evidente que el dolor no ha cesado de invadirla un solo día. La sonrisa que con tanta fuerza saludó la mañana, en este momento comienza a desvanecerse.

“Cuando escuché que llamaban a un orejón, mi corazón se paró en seco. Ese presentimiento de madre cuando sabes que es el tuyo el que está afuera. Efectivamente, me mataron a mi hijo Juan Esteban y yo escuché sus últimos llantos. Pero mi martirio no acabó ahí, pues en el momento en el

que a Juan Esteban lo matan, Martín, mi segundo hijo, gritó desconsoladamente y lo cogieron a él casi que enseguida. Mi corazón se encogió de tristeza. Las mujeres que estaban encerradas ahí conmigo intentaron consolarme, pero era inútil. Y lo más horrible es que todavía me faltaba un golpe duro por soportar, pues mi tercer hijo, Daniel, ya casi cuando iban a acabar con la masacre, ya casi cuando estaba todo por terminar, fue escogido. Así como así, me lo mataron también. Él tan sólo tenía 17 años”, relata *Fide* mientras comienza a llorar lentamente.

Han pasado doce años desde el incidente, pero la herida aún no cicatriza. Ese día no solo perdió a tres de los cinco amores de su vida, sino que, además, perdió la esperanza en la humanidad. No quiso ser fotografiada, ya que para ella la violencia en este país no ha acabado y aún hoy le teme a hablar sobre lo sucedido. Toma la fotografía de sus hijos, que está ya desgastada de tanto ser manoseada, y se la aferra al corazón. Se despide secándose las lágrimas y entra a su alcoba sin puerta para llorar el resto de la tarde.

La masacre de Playón de Orozco ocurrió como represalia de Carlos Castaño, exjefe de las AUC, pues supuestamente en ese corregimiento se escondían guerrilleros. Asesinaron a quemarropa a 26 humildes campesinos y a una sola mujer, la promotora de salud, Carmen Ruda. Cada año, para esa misma fecha, los habitantes hacen un homenaje a los muertos y siembran árboles en su honor. La verdad sea dicha, ellos son los únicos que se acuerdan de este fatídico 9 de enero y de este territorio olvidado por todos.